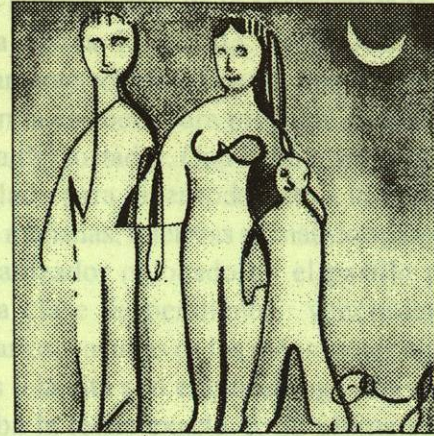


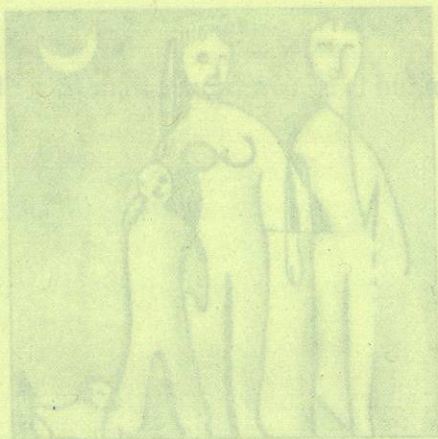
mucha lástima por él. La impresión de lo sucedido le desencadenó una enfermedad de cuidado que en pocos años lo llevó a la muerte. Aunque en el fondo todos me consideran culpable, ninguno se atreve a decirme nada. Después de todo nadie duda que soy su hijo. Mi parecido físico con él es tan asombroso que cuando mi padre vio mi retrato en el periódico aquel verano, dicen que casi le da un infarto.

Mi madre ya ni llora, según ella se le secaron los ojos para siempre. No hay día que deje de repetir "Si hubiera pasado esto..." o "Si hubiera pasado lo otro..." Yo nada más le contesto por costumbre:

-¡Ya cálese mamá!, acuérdesese que el hubiera no existe...

EN LO PRÓSPERO Y EN LO ADVERSO





SE TARDÓ EN BAJAR más de lo acostumbrado. El olor del café llegaba hasta la planta de arriba. El jugo estaba perfectamente colado y Ena (sí, Ena y no Ana) sólo esperaba oír sus pasos en la escalera para preparar el omelet en el sartén y bajar la palanca del tostador. Con bebé o sin bebé, ella siempre se las había arreglado para tener todo listo a la hora de las comidas. Como todas las mañanas, mientras su marido aparecía, ella repasaba el enorme organizador colocado en el pasillo principal, que le recordaba toda clase de pendientes: vencimientos de pagos y depósitos bancarios, vacunas de los niños, notas de tintorería, fechas de cumpleaños o la cita con el ginecólogo. Salvo el hecho de que nunca recordaba la fecha exacta de su última regla, Ena era una mujer extraordinariamente organizada y eficiente.

De ser la secretaria perfecta había pasado a ocupar el sitio de la digna esposa. Se habían "echado el ojo" desde el primer día. Él, apenas un jefecito de departamento; ella, una secretaria bilingüe recién egresada de la academia y con sólo dieciocho años. En poco tiempo ella sabía tanto o más que él sobre la inyectora de plásticos. De acuerdo con su prometido, preparó una extensa información sobre precios, materias primas, permisos e impuestos. A los dos años siete meses de haberse conocido, un 14 de febrero, brindaban

por la aprobación de un préstamo bancario que les permitía iniciar su propio negocio.

Aunque tuvieron que esperar tres años más para casarse, su boda fue muy lucida y comentada, porque no solamente formaban una linda pareja, sino que ambos —emprendedores e inteligentes— parecían estar hechos el uno para el otro.

Poco después de la espléndida luna de miel en Puerto Rico, los inconvenientes fueron deslizándose tan rápido uno tras otro como el hilo de una media. A partir de la cuarta semana de casados, el amado Eugenio despertaba asqueado por los aparatosos vómitos de Ena. Lo primero que veía al abrir los ojos era la imagen descompuesta de su trastornada esposa con los ojos llorosos, el pelo revuelto y la cara del color de las limas. Las frases ¡no puedo soportarlo!, ¡me siento mal!, ¡que ya acabe esto!, fueron pronunciadas decenas de veces. A los nueve meses un día de casados, como para récord Guinness, nace un pequeño bebé con complicaciones digestivas que no parará de llorar. “Píloro estrecho”, fue el diagnóstico; “Problema congénito, pero operable”, se leía en la hoja clínica.

Sumidos en su problema familiar, no se dieron cuenta a tiempo de que el panorama económico del país se tornaba peligroso y fueron sorprendidos por el famoso “error de diciembre”. La terrible devaluación triplicó su deuda y Eugenio tuvo que tomar decisiones solo, pues su inteligente Ena ocupaba todo su tiempo en atender al pequeño y organizar la casa.

Vender el mejor de los carros, renunciar a la acción del deportivo y traspasar un terreno en una zona exclusiva, fueron medidas obligadas que ella tuvo que apoyar; pero asociarse con un compadre, nunca lo consideró una buena idea. Cuando, a pesar del dispositivo intrauterino, Ena quedó de nuevo embarazada, puso

término a su corta carrera empresarial en PLÁSTICOS ENESA (las dos primeras letras de Ena y la E de Eugenio).

Entre vómitos y pañales, visitas a pediatras, homeópatas y naturistas, Ena se pasó los primeros años de matrimonio. Y aunque a Eugenio nunca le faltó un plato caliente en la mesa ni una camisa immaculada y lista, su esposa —siempre desvelada y exhausta— dejó los placeres nocturnos para mejores años.

—¿Por qué llegaste tan tarde anoche?

—Tuve mucho trabajo.

—¿Pero te llamé y no estabas en la oficina?

—No todos los negocios se hacen en la oficina y tú lo sabes perfectamente.

—Los niños se quedaron esperando hasta muy noche los rompecabezas que les prometiste.

—¡Uf! Se me olvidó, díles que hoy mismo se los compro.

Conversaciones inconclusas, almuerzos sin terminar, besos fríos, salidas apresuradas. Claros síntomas de que... mejor no pensar.

CUANDO EL SEMÁFORO encendía el ámbar, Ena nunca se detenía y siempre salía bien librada del paso, pero también siempre hay una excepción y esta vez se cruzó en rojo. El ruidoso freno de un automóvil y el silbatazo del oficial, la obligaron a orillarse y parar.

El consabido discurso y ella, la cara de sorpresa y la risita nerviosa de la disculpa ante la reglamentaria petición de documentos:

—Por favor la tarjeta de circulación y la licencia.

—Mire, este carro es de mi esposo y supongo que trae todo en orden, permítame... ¿Sabe?, casi nunca lo uso porque es estándar y...

¿POR QUÉ EN UN MINUTO TUVO QUE ALTERARSE toda su rutina mental? —se preguntaba a sí misma— ¿Por qué esa tarde, mientras él dormía la siesta, tuvo que utilizar su carro? ¿Por qué se pasó la luz roja y, al ser detenida, se vio obligada a abrir la guantera y descubrió junto a la tarjeta de circulación, un par de boletos de avión. ¿Qué significaban esos dos pasajes redondos con ruta Monterrey-Huatulco y viceversa, a nombre de su marido y de otra mujer?

Pero, ¿cómo?, esa rubia Clairol. ¡No podía ser! Es demasiado vulgar. Sí, sí, sí, la misma de la que había bromeado con su marido acerca del monumental trasero a la Jennifer López... ¿Cómo era posible que Eugenio hubiera caído en las garras de una P... con mayúscula?

No había ningún error, en pocos días su marido tenía planeado un fin de semana nada menos que con esa “asistente” de dirección.

Casi obligó al oficial a llenar los datos de la infracción. Se estacionó más adelante a revisar los boletos y tratar de asimilar lo que era evidente. Había estado demasiado ocupada con los niños como para siquiera sospechar que Eugenio pudiera tener una aventura. ¿Acaso los frecuentes “congresos internacionales de

negocios” habían terminado por ser sólo una mentira? Acaso... acaso... acaso.

En unos cuantos minutos repasó su historia de amor y su vida en común. Vislumbró el divorcio, la amargura y la soledad... Con calma acomodó el espejo retrovisor con dirección a su cara y observó sus ojos en él. ¡Cuántas veces un apasionado Eugenio los había llamado *brujos*! Ahora las lágrimas intentaban desbordar la barrera de las pestañas y, como su vida, todo se volvía borroso e indefinible.

De pronto arrancó un kleenex, apretó los ojos y los limpió cuidadosamente. Repitió dos veces la jaculatoria a la que tanta fe le tenía: “Espíritu Santo, fuente de luz, ¡ilumíname!” y se puso en marcha.

CUANDO SE ESTACIONÓ frente a la casa lo vio allí, afuera, visiblemente angustiado:

—¡Ya sabes que no me gusta que uses mi...

Y ella, con una sonrisa de oreja a oreja, interrumpiéndolo:

—¿Qué? ¿Estás molesto porque descubrí el regalo que vas a darme?

Y entonces él, sorprendido:

—¿Cómo dices?

—Sí. —le contesta entusiasmada Ena— el viaje a Huatulco

que tienes planeado para festejar nuestros primeros siete años de casados. ¡Perdóname, mi amor! —continuó—. Vi los boletos por casualidad; pero no importa, realmente ha sido una sorpresota. Además era necesario que me lo dijeras ya —abrazándolo—, pues tengo que conseguir quien se quede esos días con los niños. ¡Será una maravillosa segunda luna de miel! ¿Verdad, cariño?

Mientras que a Eugenio le rebotaban todavía en los oídos los latidos de su acelerado corazón y atinaba a contestar: —¡Claro! Sí, ¡claro!; Ena acababa de sumar, a la lista de sus muchos talentos, uno más. De haber sido ésa la escena principal de una película de Hollywood, su actuación le habría arrebatado el Oscar a Meryl Streep.

GOLONDRINAS

a Paco

